

LAS MEMORIAS
DE SHERLOCK
HOLMES



ARTHUR CONAN
DOYLE LAS
MEMORIAS
DE SHERLOCK
HOLMES

Las memorias de Sherlock Holmes

Título original: *The Memoirs of Sherlock Holmes*

Autor: Arthur Conan Doyle

Traductora: María Ofelia Pérez Lis

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño de tapa: Claudia Solari

Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: junio 2026

ISBN 978-950-02-1774-3

Impreso en Printing Books,

Mario Bravo 835, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en junio de 2026.

Tirada: 4000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Conan Doyle, Arthur

Las memorias de Sherlock Holmes / Arthur Conan Doyle. -

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.

416 p. ; 19 x 12 cm.

Traducción de: María Ofelia Pérez Lis

ISBN 978-950-02-1774-3

1. Novelas Policiales. 2. Novelas de Misterio. 3. Narrativa

Inglesa. I. Pérez Lis, María Ofelia, trad. II. Título.

CDD 823

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

Estrella de plata

Una mañana, en el desayuno, Holmes me comentó:
—Veo, Watson, que no tendré otra salida que ir.
—¿Adónde?

—A Dartmoor..., a King's Pyland.

No me asombró. Para ser sincero, lo único que me asombraba era que no estuviese involucrado en aquel extraño caso que era el único tema de conversación a lo ancho y a lo largo de toda Inglaterra. Mi amigo se había pasado un día completo paseando por la sala, con la mandíbula metida en el pecho y el ceño fruncido, llenando una y otra vez su pipa con un tabaco negro muy fuerte, ignorando totalmente todas mis preguntas y acotaciones. Nuestro diariero nos iba mandando las ediciones según salían, pero Holmes arrojaba los periódicos en un rincón luego de ojearlos. Pero, más allá de su mutismo, yo conocía a la perfección cuál era el centro de sus reflexiones. Solo había un asunto en el que la opinión pública se hallaba interesada que podía sostener en tensión su capacidad

analítica, y ese asunto era la extraordinaria desaparición del caballo favorito de la Copa Wessex y el infausto asesinato de su entrenador. Por tal motivo, su repentina decisión de que se dirigiría a la escena de la tragedia coincidió con lo que yo suponía y quería.

—Me gustaría acompañarlo hasta allí, si no lo molesto —le sugerí.

—Me daría usted una gran ayuda si viniera conmigo, estimado Watson. Y pienso que no desperdiciará su tiempo, porque este asunto tiene algunas peculiaridades que parecen ser impares. Me parece que tenemos el tiempo preciso para alcanzar nuestro tren en la estación de Paddington. En el trayecto le informaré sobre el caso. También le estaré agradecido de que traiga sus espléndidos binoculares.

Así pues, una hora más tarde, estaba en un coche de primera clase, *en route* hacia Exeter, a gran velocidad, en tanto Sherlock Holmes, con sus facciones angulosas enmarcadas por una gorra de viaje con orejeras, mostraba su impaciencia escudriñando información en los diarios recién salidos a la venta que había adquirido en Paddington. Ya habíamos dejado bastante atrás Reading cuando arrojó el último de la pila debajo de la butaca y me alcanzó su cigarrera.

—Vamos con una buena marcha —dijo, observando por la ventanilla y consultando su reloj—. En este instante viajamos a cincuenta y tres millas y media por hora.

—No había notado los postes que señalan los cuartos de milla —le respondí.

—Yo tampoco. Pero en esta línea, los postes del telégrafo se encuentran separados sesenta yardas el uno del otro, y el cálculo se vuelve simple. Supongo que usted ya habrá leído algunas noticias acerca del homicidio de John Straker y la desaparición de Silver Blaze.

—Leí lo que publicaron el *Telegraph* y el *Chronicle*.

—Este es uno de esos asuntos en los que el hombre que razona tiene que utilizar su habilidad para tamizar los hechos en función de descubrir detalles, más que para revelar hechos nuevos. Fue un drama tan fuera de lo común, tan completo y de tanta trascendencia personal para tantas personas que estamos sufriendo innumerables deducciones, suposiciones e hipótesis. Lo dificultoso aquí es dilucidar los hechos categóricos e irrefutables..., separándolos de todo lo fútil, que no son sino cavilaciones de teóricos y de periodistas. Después, bien apoyados sobre esta base segura, nuestro deber es ver qué derivaciones pueden extraerse y cuáles son los elementos particulares que componen el eje de todo el misterio. El martes por la tarde me llegaron sendos telegramas del coronel Ross, dueño del caballo, y del inspector Gregory, que se encuentra a cargo del caso. En los dos se solicitaba mi colaboración.

—¡El martes a la tarde! —me sorprendí yo—. Y hoy es jueves a la mañana... ¿Por qué no viajó usted ayer?

—Porque cometí un error, mi estimado Watson..., y temo que esto me sucede mucho más frecuentemente de lo que supondrán quienes solo saben de mí a través de los relatos que usted ha escrito. Lo cierto es que pensé que era poco probable que el caballo más famoso de Inglaterra pudiera mantenerse escondido por mucho tiempo, en particular en una zona tan poco poblada como lo es esta del norte de Dartmoor. Ayer aguardé de un momento a otro la novedad de que hubiera sido hallado y que su secuestrador fuese el homicida de John Straker. Pero, al salir otro día y hallar que nada se había conseguido, más allá de la detención del joven Fitzroy Simpson, entendí que era tiempo de que yo entrase en acción. Aunque tengo la impresión de que, en ciertos sentidos, el día de ayer no fue un día perdido.

—¿Por consiguiente, usted ya elaboró una teoría?

—Al menos ya identifiqué los hechos fundamentales de este caso. Se los enumeraré. Nada hay que arroje luz sobre un asunto como el referírsele a otra persona y, si contaré con su ayuda, debo forzosamente indicarle qué posición nos sirve como punto de partida.

Me puse cómodo entre los almohadones del asiento, dando caladas a mi cigarro, en tanto Holmes, impulsándose

hacia adelante y apuntando con su largo y fino dedo índice sobre la palma de la mano los puntos que me especificaba, bosquejó los hechos que habían originado nuestro viaje.

—Silver Blaze —me dijo— tiene sangre de Isonomy, y sus antecedentes en las pistas son tan destacados como el de su célebre ascendiente. Con cinco años ya ganó sucesivamente todos los premios de carreras para su venturoso dueño, el coronel Ross. Hasta que sucedió la desgracia, era el favorito para la Copa Wessex, con apuestas tres a uno a su favor. Es necesario hacer hincapié en que este caballo siempre ha sido el favorito de los apostadores, sin haberlos defraudado jamás; por tal motivo, siempre se jugaron enormes cifras a él, incluso dando primas. De esto se infiere que muchas personas estaban más que interesadas en impedir que Silver Blaze se presentara el próximo martes cuando se diera la señal de largada.

”Como es de imaginar, en King’s Pyland, sitio donde se encuentran las cuadras de entrenamiento del coronel, estaban al tanto de ese hecho. Por eso, se tomaron todo tipo de previsiones para salvaguardar al favorito. John Straker, el entrenador, era un *jockey* ya retirado, que corrió con la chaquetilla del coronel Ross antes de que el sobrepeso le vedase la posibilidad de subir a la balanza. Por cinco años estuvo al servicio del coronel como *jockey* y siete como entrenador, y siempre demostró ser un colaborador fiel y

meticuloso. Tres hombres estaban bajo sus órdenes, porque son unas cuadras pequeñas, en las que solo se cuidan cuatro caballos. Cada noche uno de los individuos hacía guardia en la cuadra, en tanto los demás dormían en el altillo. Los tres tienen informes impecables. John Straker, que estaba casado, vivía en un pequeño chalet ubicado a unas doscientas yardas de las cuadras. Sin hijos, su pasar era bueno y tenía una criada. Las tierras de los alrededores no se hallan habitadas; aunque a media milla hacia el norte hay un pequeño grupo de chalets que fueron construidos por un contratista de Tavistok para quienes, enfermos o sanos, quieran deleitarse con el aire puro de Dartmoor. El mismo pueblo de Tavistok se encuentra ubicado a unas dos millas al oeste; asimismo, a unas dos millas, pero atravesando los pantanos, se halla la finca de entrenamiento de caballos de Mapleton, perteneciente a lord Backwater, dirigida por Silas Brown. En todas las otras orientaciones la zona de los pantanos está totalmente deshabitada, y solo la visitan algunos gitanos errantes. Ahí tenemos cómo era la situación el lunes pasado cuando sucedió la tragedia. Esa tarde, luego de ejercitar los caballos y darles agua, como habitualmente, las cuadras fueron puestas bajo llave a las nueve. Entonces, dos de los peones fueron a la casa del entrenador, y allí comieron en la cocina, en tanto el tercero —de nombre Ned Hunter— montaba guardia. Unos

minutos luego de las nueve, la criada, Edith Baxter, le alcanzó a la cuadra su cena, que era cordero con una salsa fuerte. Nada para tomar, porque en el establo había agua corriente y el hombre de guardia tenía prohibido beber. La joven se fue alumbrando con una linterna, porque la noche era por de más oscura y debía ir a campo abierto.

”Edith Baxter ya se hallaba a menos de treinta yardas de las cuadras, cuando apareció en la oscuridad un hombre que le pidió que se detuviera. Al enfocarlo con el haz de luz amarilla de la linterna, la joven advirtió que era un hombre de aspecto elegante, vestido con traje con chaleco de mezclilla gris y gorra de paño. Usaba polainas y un grueso bastón con una empuñadura con forma esférica. Pero lo que conmocionó mucho a Edith Baxter fue la sorprendente palidez de su rostro y sus alterados gestos. Su edad estaría arriba de los treinta, más que por debajo.

”—¿Puede usted informarme acerca de dónde estoy? —inquirió él—. Estaba ya prácticamente decidido a pernoctar en el páramo, cuando divisé la luz de su linterna.

”—Está usted cerca de las cuadras de entrenamiento de King's Pyland —le respondió ella.

”—¿En verdad? ¡Qué fortuna la mía! —sentenció—. Me dijeron que allí duerme solo cada noche uno de los peones. ¿Acaso usted le alcanza la cena? Dígame, ¿tendrá tanto orgullo que rechace ganar lo que cuesta un vestido

nuevo? —extrajo del bolsillo del chaleco un papel de color blanco, doblado, y continuó—: Permita que ese joven reciba esto esta noche y le compraré el vestido más lindo que el dinero pueda comprar.

”La muchacha se atemorizó al advertir el nerviosismo que evidenciaba en su actitud, y se fue con prisa, dejándolo atrás, hasta la ventana a través de la cual habitualmente entregaba la comida. Ya se hallaba abierta, y Hunter se encontraba sentado a la pequeña mesa que había adentro. Comenzó a referirle lo sucedido, y en ese momento apareció de nuevo el desconocido.

”—Buenas noches —dijo al mismo tiempo que se asomaba por la ventana—. Quisiera hablar con usted algunas palabras.

”La muchacha juró que, en tanto el hombre hablaba, advirtió que de su mano cerrada salía una punta del paquetito de papel.

”—¿Por qué ha venido usted aquí? —inquirió el mozo.

”—Por un negocio que puede llenar con algo su bolsillo —le respondió el otro—. Dos de sus caballos figuran en la Copa Wessex... Silver Blaze y Bayard. Deme datos precisos sobre ellos y no perderá nada con hacerlo. ¿Es verdad que, a pesos iguales, Bayard podría darle al otro cien yardas de ventaja en las mil doscientas, y que las personas de estas cuadras apostaron el dinero a su favor?

—Así que usted es uno de esos malditos tipos que venden datos para las carreras —le espetó el mozo de cuadra—. Le enseñaré de qué forma les servimos en King's Pyland.

”A continuación, se levantó y fue hacia donde se hallaba el perro, para desatarlo.

”La joven se fue a la casa, pero mientras se escapaba se dio vuelta para observar, y vio que el desconocido se hallaba recostado en la ventana. No obstante, un momento más tarde, cuando Hunter se arrojó con el mastín, el desconocido ya no se encontraba allí, y a pesar de que el mozo de cuadra corrió por entre los edificios, no pudo encontrar huella alguna.

—¡Deténgase! —dije yo—. ¿No habrá dejado el mozo de cuadra abierta la puerta cuando se fue corriendo con el perro?

—¡Muy buena pregunta, Watson, muy buena pregunta! —susurró mi amigo—. Creí que ese detalle era tan importante que ayer envié un telegrama a Dartmoor exclusivamente para dejarlo en claro. Antes de irse, el mozo cerró la puerta con llave. Además, me es posible agregar que la ventana no es lo bastante ancha como para que un hombre pase a través de ella.

”Hunter aguardó a que regresaran los otros mozos de cuadra, y entonces le mandó un mensaje al entrenador,

diciéndole lo acontecido. Straker se alarmó al oír el relato, aunque, como se ve, no tomó conciencia real de su verdadera gravedad. Pero, a pesar de todo, se quedó un poco intranquilo, y cuando la señora Straker despertó, a la una de la madrugada, advirtió que su marido se estaba vistiendo. Respondiendo a la pregunta de su mujer, le contó que no podía conciliar el sueño porque estaba preocupado por los caballos, y que tenía la intención de ir hasta las cuadras para cerciorarse de que todo estuviera en orden. Ella le rogó que no saliese, porque se escuchaba el sonido de la lluvia en las ventanas; pero, a pesar de sus ruegos, el marido se puso su amplio impermeable y dejó la casa.

”A las siete de la mañana, cuando despertó, la señora Straker constató que su marido todavía no había regresado. Rápidamente se vistió, llamó a la criada y se fue a las cuadras. La puerta estaba abierta: adentro, ovillado en su sillón, Hunter estaba sumergido en un estado de completa desorientación. El establo del favorito se encontraba vacío, y no había ninguna huella del entrenador.

”Ambos peones que descansaban en el altillo de la paja, sobre el cuarto de las herramientas que se empleaban en el campo, se levantaron de inmediato. No habían escuchado nada durante la noche, porque los dos tienen el sueño muy profundo. Se hacía evidente que Hunter

padecía los efectos de algún fuerte estupefaciente. Y como no consiguieron que razonara, lo dejaron durmiendo hasta que la droga dejara de surtir efecto, en tanto los dos mozos y las dos mujeres corrían a buscar a los que faltaban. Todavía albergaban expectativas de que, por un motivo o por otro, el entrenador se hubiera llevado al animal para un entrenamiento de primera hora. Pero al trepar a una pequeña colina cercana a la casa, desde la que se divisaban los páramos próximos, no solamente no alcanzaron a ver al caballo favorito por ningún lado, sino que observaron algo que para ellos fue como un aviso de que se encontraban ante una tragedia.

”Más o menos a un cuarto de milla de las cuadras, el piloto de John Straker se agitaba sobre una mata de aliagas. Del otro lado de las aliagas, el páramo hacía una depresión con forma de vasija, y en el fondo de ella se halló el cuerpo del pobre entrenador. Le habían destrozado la cabeza con un golpe brutal producido con algún instrumento pesado y, además, tenía una herida en el muslo, cuyo corte extendido y limpio evidenciaba el uso de un instrumento muy cortante. A pesar de ello, se advertía con nitidez que Straker había opuesto una vigorosa resistencia a sus asaltantes, porque en su mano derecha sostenía un cuchillo con manchas de sangre hasta la empuñadura, en tanto que su mano izquierda asía una corbata de seda roja y negra, que la criada de

la casa identificó como la que la noche anterior usaba el desconocido que había estado en los establos.

”Al volver de su atontamiento, Hunter también identificó de manera contundente a quien era el dueño de la corbata. Con idéntica certeza aseveró que había sido el desconocido quien, en tanto se recostaba en la ventana, había puesto alguna droga en su cordero con salsa fuerte y así había dejado a la cuadra sin su guardián.

”En lo que se refiere al caballo desaparecido, en el barro del fondo del hoyo fatal había indicios sobrados de que el animal se encontraba allí cuando se produjo la riña. Pero desde esa mañana no se vio más al caballo; y a pesar de que se ofreció una abultada recompensa y todos los gitanos de Dartmoor están yendo en su búsqueda, nada se supo de él. Finalmente, al analizar los restos de la comida del peón, se corroboró que tenía una gran cantidad de opio en polvo, y se hizo notar que los otros habitantes de la casa que ingirieron aquel guiso esa misma noche no tuvieron ninguna consecuencia adversa.

”He aquí los hechos centrales del asunto, una vez sustraídas todas las elucubraciones, y expuestos de la mejor forma posible. Recapitularé ahora el accionar de la policía en el caso.

”El inspector Gregory, a quien se puso a cargo del caso, es un funcionario sumamente competente. Si tuviera algo

de imaginación, alcanzaría grandes alturas en su profesión. Cuando arribó al sitio de los hechos, pronto reconoció y apresó al hombre hacia quien se inclinaban, obviamente, las sospechas. Escasos inconvenientes tuvieron en dar con él, porque era sumamente conocido en los alrededores. Su nombre, al parecer, es Fitzroy Simpson. Hombre de buena familia y educado, dilapidó una fortuna en las carreras, y ahora se mantiene con un negocio reservado y selecto de apuestas, en los clubes deportivos de Londres. El estudio de su registro de apuestas evidencia que él las tomó hasta el monto de cinco mil libras en contra del favorito.

”Cuando fue detenido, declaró de manera espontánea que había ido a Dartmoor con la expectativa de obtener alguna información sobre los caballos de las cuadras de King’s Pyland, y también sobre Desborough, el segundo favorito, que se halla al cuidado de Silas Brown, en las cuadras de Mapleton. No trató de negar que la noche anterior se había comportado de la manera descripta, pero aseguró que no tenía ningún objetivo avieso y que lo único que deseaba era conseguir datos de primera mano. Cuando le mostraron la corbata, palideció completamente, y no fue capaz, en absoluto, de explicar cómo era posible que hubiese ido a parar a la mano del hombre asesinado. La humedad de sus ropas evidenciaba que la noche anterior había estado afuera en la tormenta, y su bastón, que es

de los que se denominan “abogado de Penang”, relleno con plomo, era un arma que si se daban con ella repetidos golpes a alguien, muy bien podía provocar las heridas tremendas a raíz de las cuales había muerto el entrenador.

”Por otra parte, el detenido no tenía en todo su cuerpo ninguna lastimadura, aunque por el estado del cuchillo de Straker había indicios de que al menos uno de sus atacantes debía poseer alguna marca del ataque con esa arma. He aquí el asunto, resumidamente expuesto, Watson, y le estaré muy agradecido si puede darme una mano para desenmarañarlo.

Yo había oído la exposición que Holmes hizo con su típica claridad.

Aun cuando muchos de los hechos me eran conocidos, yo no me había percatado lo suficiente de su relativa influencia ni de su mutua conexión.

—¿Y no sería posible —le pregunté— que la herida de Straker se la hubiese hecho con su propio cuchillo durante los espasmos convulsivos que suelen producirse luego de los golpes en la cabeza?

—Más que posible, es probable —respondió Holmes—. En ese caso, se desvanece uno de los principales hechos que están a favor del acusado.

—Pero incluso así no alcanzo a entender cuál sería la teoría que esgrime la policía.

—Me temo que cualquier hipótesis que pensemos se halle expuesta a grandes objeciones —me respondió mi amigo—. Lo que la policía piensa, según imagino, es que Fitzroy Simpson, luego de drogar al peón y de conseguir de una forma u otra un duplicado de la llave, abrió el establo y sacó al caballo para, aparentemente, tenerlo secuestrado. No está la brida del caballo, así que Simpson tuvo que colocársela. Luego de hacer esto, y dejando abierta la puerta, se iba con el caballo por el páramo cuando se topó casualmente con el entrenador o este lo alcanzó. Como es lógico, comenzaron a pelear, y Simpson le hizo saltar la tapa de los sesos con su bastón, sin sufrir ni la más mínima herida proveniente del pequeño cuchillo que Straker usó en su defensa; y después, o bien el ladrón llevó al caballo a algún escondrijo previamente preparado o bien aquel huyó durante la pelea, y ahora está perdido por los páramos. Así es cómo la policía supone que sucedieron las cosas, y por improbable que así parezca, las otras explicaciones lo son más aún. No obstante, yo trataré de poner a prueba su veracidad no bien llegue al lugar de los hechos. Hasta entonces, no creo que podamos ir mucho más allá de la posición en la que nos encontramos.

Estaba anocheciendo cuando arribamos al pequeño poblado de Tavistock, que se destacaba en el medio de la vasta circunferencia de Dartmoor. Dos hombres nos

aguardaban en la estación: uno de ellos era un individuo alto y rubio, de cabello y barba leonados y ojos azul claro, de una extraña energía; el otro, un hombre pequeño y avisado, muy acicalado y activo, de levita y botines, patillas cuidadas y monóculo. Este último era el coronel Ross, un deportista muy conocido, y el otro, el inspector Gregory, nombre que rápidamente se estaba destacando en el servicio policial inglés.

—Me agrada que viniera usted, señor Holmes —aseguró el coronel—. El inspector, aquí presente, hizo todo lo imaginable; pero yo no deseo dejar piedra sin mover para vengar al pobre Straker y recobrar mi caballo.

—¿No se produjo ninguna nueva circunstancia? —inquirió Holmes.

—Siento informarle que es muy poco lo que avanzamos —dijo el inspector—. Ahí afuera nos aguarda un coche descubierto, y como, sin duda, usted tendrá interés en estudiar el terreno antes de que anochezca, podemos conversar en el trayecto hacia allí.

Un instante más tarde nos encontrábamos todos sentados en un confortable landó e íbamos por la vistosa y antigua población de Devonshire. El inspector Gregory estaba colmado de datos, y fue largando una catarata de informaciones, que Holmes interrumpía de tanto en tanto con una pregunta o con una exclamación. El coronel Ross

permanecía reclinado en su asiento, con el sombrero hacia adelante, y yo seguía con interés el diálogo de los dos detectives. Gregory exponía su hipótesis, que concordaba casi en un todo con la que Holmes había pronosticado en el tren.

—La red se va estrechando fuertemente alrededor de Fitzroy Simpson —comentó—, y yo pienso que él es nuestro hombre. Aunque por ello no dejo de admitir que son pruebas exclusivamente circunstanciales, y que puede aparecer un nuevo descubrimiento que dé todo por tierra.

—¿Y qué opina del cuchillo de Straker?

—Hemos concluido que él mismo se hirió al caer.

—Eso me insinuó mi amigo, el doctor Watson, en el viaje hacia aquí. De ser de esa forma, es un punto en contra de Simpson.

—Sin ninguna duda. A él no se le encontraron ni cuchillo, ni ninguna herida. Las pruebas en su contra, obviamente, son muy fuertes: estaba muy interesado en la desaparición del favorito, está la sospecha de que drogó al mozo de cuadra, no hay duda de que anduvo en el exterior durante la tormenta, estaba armado con un macizo bastón y su corbata se halló en las manos del muerto. En verdad, pienso que tenemos suficientes elementos para presentarnos ante el jurado.

Holmes negó con la cabeza y dijo:

—Un defensor con habilidad lo destrozaría. ¿Con qué objetivo sacaría al caballo del establo? Si buscaba hacer algún daño, ¿por qué no lo haría allí mismo? ¿Se le encontró el duplicado de la llave? ¿Qué farmacéutico le expendió el opio en polvo? Y, en particular, ¿en qué lugar un foráneo pudo ocultar un caballo como ese? ¿Qué aclaración hizo respecto del papel que quería que la criada le hiciera llegar al mozo de cuadra?

—Afirma que era un billete de diez libras. Se halló en su billetera uno de esa cifra. Pero las otras impugnaciones que usted hace no son tan colosales como aparentan. Ese hombre no es extraño en la región. Se alojó en dos ocasiones en Tavistock en el verano. El opio posiblemente lo trajo desde Londres. La llave, después que la usó para lo que se proponía, la debe de haber arrojado lejos. Tal vez se halle al caballo en lo profundo de una hondonada o en uno de los antiguos pozos de mina del páramo.

—¿Y qué aduce de la corbata?

—Admite que le pertenece, pero aduce que la perdió. Pero apareció en el asunto un elemento nuevo que tal vez aclare por qué sacó al caballo del establo.

Holmes escuchó con atención.

—Hallamos huellas que evidencian que la noche del lunes un grupo de gitanos hizo un acampe a una milla del lugar en donde sucedió el homicidio. Los gitanos se

habían esfumado el martes. Ahora bien: suponiendo que entre los gitanos y Simpson había algún tipo de acuerdo, ¿no sería factible que cuando le dieron alcance llevara el caballo a los gitanos y que estos lo guardaran?

—Por supuesto que es posible.

—Se está rastreando el páramo para buscar a esos gitanos. Hice revisar también todas las cuadras y otros edificios apartados en Tavistock, en un perímetro de diez millas.

—Aparentemente muy cerca de allí hay otros sitios de entrenamiento.

—Sí, y ese es un elemento que no tenemos que subestimar de ningún modo. Como su caballo Desborough está segundo en las apuestas, tenían interés en que el favorito desapareciera. Es sabido que Silas Brown, el entrenador, tiene apostadas grandes sumas en esta carrera, y no era, en absoluto, amigo del desdichado Straker. No obstante, registramos las cuadras y no encontramos nada que pueda vincularlo con los hechos.

—¿Tampoco se supo de nada que relacione a este Simpson con los intereses de las cuadras de Mapleton?

—Nada en absoluto.

Holmes se reclinó en el respaldo, y la charla concluyó. Unos minutos más tarde, el cochero frenó el landó junto a un lindo chalet de ladrillo rojo, con aleros salientes, que se erigía al lado del camino. A alguna distancia,

al atravesar un prado, se divisaba una larga construcción anexa, con tejas grises. En todas las demás direcciones, las tenues sinuosidades del terreno, cubiertas por helechos color bronce, al borde de marchitarse, se prolongaban hasta el horizonte, sin otro obstáculo que los campanarios de Tavistock y un conjunto de casas, hacia el oeste, que indicaban la ubicación de las cuadras de Mapleton. Nos apeamos todos del coche, excepto Holmes, que continuó reclinado, con la mirada detenida en el cielo que tenía adelante, totalmente concentrado en sus reflexiones. Recién cuando yo le toqué el brazo hizo un repentino movimiento y se apeó.

—Disculpe —dijo, dándose vuelta hacia el coronel Ross, que lo miraba, algo asombrado—. Me hallaba soñando despierto.

En sus ojos había cierto fulgor y en sus gestos, una medida exaltación que me persuadieron, habituado como estaba yo a sus actitudes, de que entreveía algún indicio, aunque no imaginaba si lo habría atrapado.

—Tal vez usted desee, señor Holmes, ir directamente hasta el escenario del crimen —sugirió Gregory.

—Prefiero permanecer un momento más aquí mismo y abordar uno o dos detalles. Imagino que traerían aquí a Straker, ¿no es cierto?

—Sí, su cuerpo está en la planta alta. Mañana se hará la investigación judicial.

—Tenía unos años a su servicio, ¿verdad, coronel Ross?

—Siempre consideré que era un muy buen servidor.

—Cuénteme, inspector, supongo que habrán confeccionado un inventario de todo lo que llevaba en los bolsillos cuando murió, ¿no es cierto?

—Si quiere usted mismo ver lo que se halló, los objetos se encuentran en la sala.

—Me interesaría mucho.

Ingresamos en hilera en el cuarto que se hallaba en el frente y nos sentamos en torno a una mesa central, redonda, en tanto el inspector abría la cerradura de un cofre cuadrado metálico y ponía delante de nosotros un pequeño montón de objetos. Había una caja de fósforos, un cabo de vela de sebo de unas dos pulgadas, una pipa A. D. P., de raíz de eglantina, una tabaquera de piel de foca con media onza de Cavendish en hebra larga, un reloj de plata con cadena de oro, un lapicero de aluminio, unos papeles y un cuchillo con mango de marfil y hoja muy fina, recta, con la marca Weiss and Co. Londres.

—Este cuchillo es muy peculiar —sostuvo Holmes, en tanto lo alzaba y lo estudiaba detenidamente—. Como veo en él manchas de sangre, infiero que es el que se halló en manos del difunto. Watson, con certeza que este cuchillo es uno de los de su profesión.

—Es del tipo que se emplea en la operación de cataratas.

—Eso creí. Una hoja sumamente fina para una labor muy delicada. Un objeto extraño para que lo lleve un hombre que había salido a una aventura riesgosa, en particular porque no podía colocarlo cerrado en su bolsillo.

—La punta estaba protegida por un disco de corcho, que se encontró al lado del cuerpo —aclaró el inspector—. La viuda nos informó que hacía varios días que el cuchillo estaba sobre el tocador y que lo agarró cuando salió del cuarto. Como arma, no valía gran cosa; pero tal vez fue lo mejor que pudo hallar en ese momento.

—Es bastante posible. ¿Y qué son estos papeles?

—Tres son cuentas de vendedores de heno, con su recibo. Otro es una nota con instrucciones del coronel Ross. Y este otro es la factura de una modista, por la suma de treinta y siete libras y quince chelines, extendida por madame Lesurier, de Bond Street, a nombre de William Darbyshire. La señora Straker nos dijo que el tal Darbyshire era un amigo de su marido, y que en oportunidades le mandaban aquí las cartas.

—Esta madame Darbyshire era dama de gustos bastante onerosos —adujo Holmes, observando la cuenta de arriba abajo—. Veintidós guineas es un precio más bien caro para un solo vestido. ¡Eh!, por lo que se ve, ya no hay más que hacer aquí, y podemos ir hacia el lugar del asesinato.

Cuando dejábamos el salón, se aproximó una mujer que había estado aguardando en el corredor. Posó su mano sobre la manga del inspector. Tenía las facciones pálidas, delgadas, ojerosas, con el signo de haber atravesado recientemente algún momento terrible.

—¿Ya los atraparon? ¿Los descubrieron? —dijo entre jadeos.

—No, señora Straker, pero el señor Holmes, aquí presente, vino de Londres para apoyarnos y hemos de hacer todo lo que esté en nuestras manos.

Holmes le dijo:

—Señora Straker, estoy persuadido de que hace algún tiempo usted me fue presentada en Plymouth, en un encuentro social.

—No, señor. Está en un error.

—¡Por Dios! Pues yo lo habría asegurado. Usaba usted un vestido de seda, de color gris oscuro, con una pluma de avestruz de adorno.

—Jamás usé un vestido semejante —respondió la mujer.

—Entonces, ya no hay duda —afirmó Holmes.

Le pidió disculpas y dejó la casa luego del inspector. Una breve caminata por el páramo nos condujo a la hondonada en donde había sido encontrado el cuerpo. Las aliagas de las que había sido suspendido el impermeable se encontraban en el mismo borde del hoyo.

—Según sé, esa noche no soplaban viento —dijo Holmes.

—Para nada, pero llovía con fuerza.

—En tal caso, el impermeable no fue llevado por el viento, sino que lo colocaron allí adrede.

—Sí, estaba desplegado sobre las plantas.

—Eso me provoca sumo interés. Percibo que el suelo se halla lleno de huellas. Indudablemente, habrán andado por aquí muchos pies desde el lunes a la noche.

—Pusimos al lado un pedazo de estera, y nadie de nosotros pisó afuera de él.

—Muy bien.

—En este maletín tengo una de las botas que llevaba Straker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson y una vieja herradura vieja de Silver Blaze.

—¡Mi estimado inspector, usted se supera a sí mismo!

Holmes tomó el maletín, descendió a la hondonada y colocó la estera más en el medio. Luego, recostado boca abajo y con el mentón entre las manos, examinó cuidadosamente el barro pisoteado que estaba delante de él.

—¡Ajá! —exclamó de repente—. ¿Qué es esto?

Era un fósforo medio quemado y tan embarrado que, en una primera impresión, semejaba una diminuta astilla de madera.

—No entiendo cómo no la vi —dijo el inspector, con fastidio.

—No estaba visible, porque se encontraba debajo del barro. Si yo la descubrí fue porque la busqué.

—¡Qué! ¿Suponía que podía encontrarla?

—Pensé que no era improbable.

Holmes extrajo del maletín la bota y el zapato e hizo una comparación de las impresiones de los dos con las huellas marcadas en el barro. Luego, subió al borde de la hondonada y circuló a gatas por entre los helechos y los matorrales.

—Supongo que no hay otras huellas —adujo el inspector—. Yo examiné con cuidado el suelo en un perímetro de cien yardas.

—¡En serio! —dijo Holmes, en tanto se incorporaba—. No habría osado cometer la descortesía de examinarlo nuevamente, si usted me hubiese avisado. Pero antes de que sea noche, quiero dar un breve paseo por el páramo, para ser capaz de orientarme mañana, y me guardaré esta herradura en el bolsillo, a ver si me da suerte.

El coronel Ross, que había evidenciado cierta impaciencia ante el método calmo y metódico de trabajar que desplegaba mi amigo, consultó su reloj.

—Inspector, yo querría que volviese usted conmigo —dijo—. Me gustaría preguntarle sobre algunos pormenores y, en especial, sobre si no tendríamos que borrar a nuestro caballo de la inscripción para la copa, velando por la conveniencia del público.

—No haga tal cosa —replicó Holmes con decisión—. Yo, en su lugar, mantendría el nombre en la lista.

El coronel se inclinó y señaló:

—Me pone muy contento que me dé su opinión. Cuando concluya su trabajo, nos hallará en la casa del pobre Straker y podremos viajar juntos en coche a Tavistock.

Volvió con el inspector, en tanto Holmes y yo íbamos despacio por el páramo. El sol comenzaba a sumergirse detrás de los edificios de las cuadras de Mapleton, y la amplia planicie que se extendía ante nosotros se hallaba como teñida de oro, que se oscurecía, transformándose en un estridente y rojizo tono marrón, en los lugares donde los helechos y los zarzales capturaban el resplandor del crepúsculo.

—Por acá, Watson —dijo, al fin, Holmes—. Hagamos a un lado por ahora el tema de quién asesinó a Straker, y centrémonos en descubrir dónde se halla el caballo. Bueno, imaginando que huyó en medio de la tragedia o luego de ella, ¿hacia dónde pudo dirigirse? Los caballos son seres muy gregarios. Dejado a sus instintos, o bien volvería a King's Pyland o iría a Mapleton. ¿Qué motivo podría haber para que llevase una vida a la intemperie en el páramo? De hacerlo, con certeza alguien lo habría divisado ya a estas horas. ¿Y qué motivo existe también para que lo retuviesen los gitanos? Esta gente se escapa siempre de los sitios donde existen problemas, porque no

desean que la policía caiga encima de ellos con todo tipo de inconvenientes. En absoluto podían imaginar vender un caballo como ese. Correrían un gran riesgo y no obtendrían nada con llevárselo. Eso se hace muy evidente.

—¿Dónde se encuentra, entonces, el caballo?

—Dije ya que con certeza fue a King's Pyland o a Mapleton. Al no hallarse en King's Pyland, debe encontrarse en Mapleton. Tomemos esta idea como hipótesis de trabajo y observemos adónde nos conduce. En este sector del páramo, según señaló el inspector, el suelo es sumamente duro y seco, pero hace una pendiente hacia Mapleton, y desde aquí mismo se observa que allá lejos hay una amplia hondonada que tal vez se hallara muy húmeda el lunes por la noche. Si nuestra hipótesis es acertada, el caballo debió atravesar esa hondonada, y es allí donde tenemos que buscar sus marcas.

En tanto hablábamos, habíamos andado a buen paso, y únicamente tardamos unos minutos en alcanzar la hondonada. Yo, a solicitud de Holmes, me dirigí a la derecha, y él, a la izquierda; no habría dado todavía cincuenta pasos cuando le escuché dar un grito y observé que me hacía señas con la mano para que fuera. Las marcas del caballo se delineaban con nitidez en la tierra blanduzca que tenía adelante, y la herradura que extrajo del bolsillo calzaba a la perfección en ellas.

—Mire usted cuánto vale la imaginación —adujo Holmes—. Es la única virtud de la que carece Gregory. Nosotros imaginamos lo que pudo haber sucedido, actuamos conducidos por esa hipótesis y sucedió que nos hallábamos en lo correcto. Continuemos.

Atravesamos el fondo pantanoso e ingresamos en un ámbito de un cuarto de milla de césped seco y duro. Nuevamente el terreno bajó en declive y de nuevo nos topamos con las marcas. Las perdimos por media milla, pero las encontramos una vez más muy cerca ya de Mapleton. El primero en advertirlas fue Holmes, y se paró para enseñármelas con gesto de triunfo en la cara. Paralelas a las marcas del caballo, se advertían las de un hombre.

—Hasta este sitio el caballo andaba solo —sentenció.

—Efectivamente. El caballo anduvo solo hasta aquí. ¡Ajá! ¿Qué es esto?

Las dobles marcas de pronto modificaron la dirección, y tomaron la de King's Pyland. Holmes lanzó un silbido, y los dos las seguimos. Los ojos de Holmes no se alejaban de las pisadas, pero yo alcé los ojos para mirar a un lado y con asombro vi esas mismas dobles huellas que regresaban en dirección opuesta.

—Un tanto a su favor, Watson —indicó Holmes, cuando le hice notar aquello—. Nos ahorró un extenso paseo

que nos habría regresado sobre nuestros propios pasos. Sigamos esta marca de retorno.

No hubimos de caminar demasiado. La doble huella concluía en la calzada de asfalto, que iba a las puertas de afuera de las cuadras de Mapleton. Al aproximarnos, un mozo de cuadra vino corriendo.

—Aquí no se quieren vagabundos —nos advirtió.

—Solo quiero realizar una pregunta —contestó Holmes, introduciendo en el bolsillo de su chaleco los dedos índice y pulgar—. ¿Será muy temprano para que conversemos con tu jefe, el señor Silas Brown, si volvemos mañana a eso de las cinco?

—¡Por Dios, caballero! Si alguien está a esa hora aquí es justamente él, siempre es el primero que se levanta. Pero ahí está, y le podrá dar personalmente la respuesta. Para nada, señor, para nada; pondría en riesgo mi puesto si él viera que usted me da dinero. Si quiere, démelo luego.

Cuando Sherlock Holmes guardaba en el bolsillo la media corona que había extraído, se adelantó desde la puerta un hombre de cierta edad y expresión violenta, que llevaba una fusta.

—¿Qué sucede, Dawson? —gritó—. No quiero hablarías. Ve a tu trabajo. Ustedes... ¿qué diablos buscan por aquí?

—Conversar diez minutos con usted, mi estimado señor —le respondió Holmes con su voz más apacible.

—No tengo tiempo para conversar con todos los vagos que vienen por aquí. Váyanse, si no quieren que los persiga un perro.

Holmes fue hacia adelante y susurró algo en el oído del entrenador. Este dio un sobresalto y se puso rojo hasta las sienes.

—¡Eso es mentira! —se ofuscó—. ¡Una mentira endemoniada!

—Está bien, pero ¿gusta que discutamos sobre eso públicamente o le parece mejor que lo hagamos en la sala de su casa?

—Bien, acompáñeme, si gusta.

Holmes sonrió y me dijo:

—No lo haré aguardar más que un par de minutos, Watson. ¡Bien, señor Brown! Me encuentro a su disposición.

Antes de que Holmes y el entrenador volviesen transcurrieron unos veinte minutos. Las tonalidades rojas se habían esfumado hasta transformarse en grises. Jamás he visto modificación semejante a la que había tenido lugar en Silas Brown en tan corto lapso. El color de su cara parecía el de un cadáver, sobre sus cejas perlaban gotas de sudor y las manos le temblaban de tal forma que la fusta se movía como una rama impulsada por el viento. Sus formas

altaneras y dominantes se habían evaporado totalmente y caminaba a un lado de mi amigo con las mismas muestras de lisonja de un perro a su dueño.

—Se cumplirán sus instrucciones. Se cumplirán —le aseguraba.

—No quiero errores —dijo Holmes, dándose vuelta para observarlo.

El entrenador parpadeó al toparse con los ojos amenazantes de mi amigo.

—¡Oh, no, no los habrá! Me encontraré allí. ¿Prefiere que lo cambie antes o después?

Holmes pensó un instante y de repente comenzó a reír.

—No, no lo cambie —afirmó—. Le entregaré instrucciones escritas en ese sentido. Ninguna trampa, o...

—¡Puede tener confianza en mí, puede tener confianza en mí!

—Ese día, usted procederá igual que si fuera suyo.

—Puede creerme.

—Sí, pienso que puedo hacerlo. Bien, mañana tendrá noticias mías.

Holmes se dio media vuelta, haciendo caso omiso de la temblorosa mano que el otro le tendía, y nos fuimos hacia King's Pyland.

—Pocas veces me he topado con una mixtura de jactancioso, timorato y reptil, como este Silas Brown —aseguró

Holmes, pensativo y algo risueño, mientras andábamos juntos a tranco largo.

—Entonces..., él tiene el caballo, ¿no es cierto?

—Me vino con bravatas pretendiendo hacerse el desentendido, pero yo describí tan en detalle todo lo que había hecho esa mañana que acabó pensando que lo había estado observando. Como es obvio, usted habrá notado que las puntas de las huellas poseían una forma cuadrada muy peculiar, y también que las puntas de sus botas coincidían perfectamente con las de las huellas. Aparte, como es evidente, ningún subalterno habría osado hacer una cosa así. Le fui contando de qué manera él, al levantarse primero (según su costumbre) advirtió que en el páramo andaba un caballo solo; entonces, fue hasta el sitio donde se hallaba el animal e identificó con sorpresa, por la mancha blanca de la frente que originó el nombre del caballo favorito, que la suerte colocaba en sus manos al único caballo que podía vencer al otro al que él había jugado su dinero. A continuación, le dije que su primera idea fue regresarlo a King's Pyland, pero que el diablo le había sugerido cómo podía esconderlo hasta que pasara la carrera, y que entonces había regresado sobre sus pasos, y lo había ocultado en Mapleton. Al escuchar cómo yo le contaba todos los pormenores, se vio derrotado y en lo único que pudo pensar fue en salvar el pellejo.

—Pero los establos estaban registrados ya.

—Bueno, un antiguo estafador como él conoce muchos ardidés.

—Pero ¿usted no siente miedo de dejar el caballo en su poder, teniendo todo tipo de intereses para hacerle daño?

—Mi estimado amigo, ese hombre lo cuidará como a la niña de sus ojos. Sabe bien que la única posibilidad de que lo absuelvan es presentarlo en las mejores condiciones.

—A mí el coronel Ross no me pareció un hombre capaz de ser generoso, haga él lo que hiciera.

—La decisión no se encuentra en las manos del coronel Ross. Yo tengo mis métodos y digo mucho o digo poco, según mi parecer. Es el beneficio de trabajar por propia cuenta y no en carácter oficial. No sé si usted se dio cuenta de ello, Watson, pero la forma en que me trató el coronel fue un tanto altiva. Tengo la tentación de divertirme a su costa. No le comente usted nada sobre el caballo.

—Por supuesto que no lo haré si no dispongo de su permiso.

—Aparte, esto es algo mínimo comparado con la cuestión de quién asesinó a John Straker.

—¿A esa cuestión es a la que usted se va a consagrar?

—En absoluto. Los dos volvemos a Londres con el tren nocturno.

Lo que dijo mi compañero me dejó helado. Teníamos apenas unas horas en Devonshire y me era completamente inentendible que detuviese una pesquisa que había tenido tan extraordinario comienzo. No logré que me comentase nada más hasta nuestro regreso a casa del entrenador. El coronel y el inspector nos aguardaban en la sala.

—Mi amigo y yo volveremos a la capital en el expreso de medianoche —anunció Holmes—. Durante un rato pudimos respirar la maravilla de los regios aires de Dartmoor.

El inspector abrió enormes los ojos y el coronel encorvó con desdén el labio.

—Advierto que usted está desesperado por detener al homicida del pobre Straker —sostuvo el coronel.

Holmes alzó de hombros y dijo:

—Por supuesto, hay enormes obstáculos para lograrlo. No obstante, resumo todas mis expectativas en que, el martes, su caballo se ubicará en la línea de largada, y yo le ruego que tenga preparado a su *jockey*. ¿Podría solicitar una foto del señor John Straker?

El inspector extrajo una de un sobre que llevaba en el bolsillo y se la dio a Holmes.

—Estimado Gregory, usted se anticipa a todo cuanto necesito. Si tienen la gentileza de aguardar aquí un momento, quisiera preguntar algo a la señora de servicio.

—No puedo sino afirmar que me decepcionó bastante su asesor londinense —aseguró el coronel Ross, con aspereza, cuando mi amigo se fue de la sala—. No me parece que hayamos avanzado nada desde que él llegó.

—Al menos le dio la certeza de que su caballo formará parte en la carrera.

—Sí, tengo la certeza que él me dio —dijo el coronel, alzando los hombros—. Me parecería mejor tener mi caballo.

Iba a responder algo para defender a mi amigo, cuando este entró nuevamente en la sala.

—Y ahora, señores, estoy dispuesto para ir a Tavistock —les señaló.

Al subir al carruaje, uno de los mozos de cuadra mantuvo abierta la puerta. De repente, pareció que a Holmes se le ocurría una idea, porque se fue hacia adelante y le dio un leve golpe en el brazo, en tanto le decía:

—Observo allí, en el prado, algunas ovejas. ¿Quién cuida de ellas?

—Yo lo hago, señor.

—¿No les sucedió nada malo a esos animales en el último tiempo?

—Bueno, señor, no fue algo muy serio, pero lo cierto es que tres de esos animales se quedaron mancos.

Vi que la respuesta satisfacía mucho a Holmes, porque rio por lo bajo y se restregó las manos.

—¡Vea, Watson, un disparo de largo alcance, de alcance muy largo! —me comentó mientras me pellizcaba el brazo—. Gregory, déjeme llamar su atención sobre esta rara epidemia de las ovejas. ¡Vamos, cochero!

El coronel Ross continuaba mostrando en su rostro la pobre opinión que tenía acerca de las destrezas de mi amigo; pero en el del inspector pude advertir que su fascinación se había despertado con vivacidad.

—¿Le otorga importancia a ese asunto? —inquirió.

—Muchísima.

—¿Hay algún otro detalle sobre el que querría alertarme?

—Sí, sobre el llamativo incidente del perro esa noche.

—El perro no intervino en absoluto.

—Ese es justamente el incidente llamativo —comentó Sherlock Holmes.

Cuatro días más tarde nos hallábamos nuevamente, Holmes y yo, en el tren hacia Winchester, para asistir a la Copa de Wessex. El coronel Ross fue a nuestro encuentro afuera de la estación, según lo que habíamos acordado, y nos dirigimos en su coche más allá de la ciudad, donde se iba a correr la carrera. La expresión de su cara era seria y su actitud, fría en extremo.

—No vi por ningún lado a mi caballo —dijo.

—Lo reconocería si lo ve, ¿verdad? —inquirió Holmes.

Esto indignó mucho al coronel, que le respondió:

—Hace veinte años que me dedico a las carreras de caballos, y nadie hasta ahora me había preguntado algo semejante. Hasta un niño podría distinguir a Silver Blaze a raíz de la mancha blanca en la frente y su pata de adelante jaspeada.

—¿Y cómo están las apuestas?

—Allí está lo llamativo del asunto. Ayer se podían tomar apuestas a quince por uno, pero esta diferencia fue disminuyendo cada vez más y ahora apenas se ofrece el dinero tres a uno.

—¡Ejem! —dijo Holmes—. Evidentemente alguien sabe algo.

Cuando el coche paró en el espacio cerrado, a poca distancia de la tribuna grande, observé el programa para ver las inscripciones. Decía así:

Copa Wessex

52 soberanos c. u., con 1000 soberanos más, para caballos de cuatro y de cinco años. Segundo, 300 libras. Tercero, 200 libras. Pista nueva (una milla y doscientas veinte yardas).

1. The Negro, del señor Heath Newton (gorra roja, chaquetilla color canela).

2. Pugilist, del coronel Wardlaw (gorra rosa, chaquetilla azul y negra).
3. Desborough, de lord Backwater (gorra y mangas amarillas).
4. Silver Blaze, del coronel Ross (gorra negra y chaquetilla roja).
5. Iris, del duque de Balmoral (franjas amarillas y negras).
6. Rasper, de lord Singleford (gorra violeta y mangas negras).

—Borramos a nuestro otro caballo y pusimos todas nuestras expectativas en la palabra que usted nos dio —sostuvo el coronel—. ¿Cómo? ¿Qué pasa? ¿Silver Blaze, favorito?

—Cinco a cuatro contra Silver Blaze —gritaba la gente—. ¡Cinco a cuatro contra Silver Blaze! ¡Quince a cinco contra Desborough! ¡Cinco a cuatro por cualquiera de los otros!

—Ya levantaron los números —señalé—. Allí figuran los seis.

—¡Los seis! Entonces mi caballo va a correr —exclamó el coronel, preso de importante excitación—. Pero yo no lo divisó. Mis colores no pasaron.

—Hasta el momento solo pasaron cinco animales. Ha de ser aquel que viene ahí.

En tanto yo hablaba, del pesaje salió un vigoroso caballo bayo y pasó delante de nosotros con un trotecito, cargando a sus espaldas los muy conocidos colores negro y rojo del coronel.

—Ese caballo no es el mío —se ofuscó el dueño—. Ese animal no tiene un solo pelo blanco en todo su cuerpo. ¿Qué hizo usted, señor Holmes?

—Bien, bien, veamos cómo anda —respondió mi amigo, impasible. Estuvo observando al caballo por unos minutos con mis binoculares. De repente exclamó—: ¡Magnífico! ¡Magnífico comienzo! Ahí están, doblando el codo.

Desde nuestro coche los vimos de forma espléndida cuando iban por la recta. Los seis caballos corrían tan juntos y apareados que habría sido suficiente una alfombra para cubrirlos a todos; pero en mitad de la recta, la flecha de Desborough perdió su potencia, y el caballo del coronel, colocándose al frente a galope, cruzó el disco, a unos seis cuerpos de su rival, en tanto Iris, del duque de Balmoral, llegaba tercero, sumamente rezagado.

—De cualquier forma, la carrera es mía —se agitó el coronel, mientras se restregaba la mano por los ojos—. Admito que a la cuestión no le encuentro ni pies ni cabeza. ¿No cree, señor Holmes, que es tiempo ya de que revele su enigma?

—Por supuesto, coronel. Lo habrá de conocer todo. Vamos juntos a ver al caballo. Aquí está —dijo cuando ingresábamos al área de pesaje, sitio al que solo pueden acceder los dueños y sus amigos—. No necesita usted más que limpiarle la cara y la pata con alcohol de vino, y advertirá que es el mismo estimado Silver Blaze de siempre.

—¡Me deja usted sin habla!

—Lo hallé en manos de un estafador, y me tomé la libertad de que corriera exactamente como me lo mandaron.

—Mi estimado señor, hizo usted maravillas. El aspecto del caballo es muy bueno. Jamás corrió mejor. Le debo a usted mil disculpas por dudar de su pericia. Me prestó un gran servicio al recuperar mi caballo. Me haría aún uno mayor si pudiera atrapar al homicida de John Straker.

—Ya lo hice —respondió serenamente Holmes.

El coronel y yo lo miramos asombrados:

—¡Que lo atrapó! ¿Y dónde se encuentra?

—Aquí está.

—¡Aquí! ¿En dónde?

—En este momento se encuentra en mi compañía.

El coronel enrojeció y dijo irritado:

—Señor Holmes, admito que estoy en deuda con usted; pero eso que dijo tengo que considerarlo como una broma de mal gusto o como un insulto.

Sherlock Holmes comenzó a reír y respondió:

—Coronel, afirmo que en absoluto asocié su nombre con el asesinato. ¡El auténtico homicida se halla detrás de usted!

Holmes avanzó y colocó su mano sobre el brillante cuello del purasangre.

—¡El caballo! —gritamos al unísono.

—Efectivamente, el caballo. Tal vez disminuya su culpabilidad si afirmo que actuó en defensa propia, y que John Straker era un hombre completamente indigno de su confianza. Pero ahí suena la campana, y como yo me quiero ganar algún dinero en la próxima carrera, pospondré una explicación más amplia para otro momento más apropiado.

Esa noche, al volver en el tren a Londres, tuvimos el rincón de un vagón *pullman* solo para nosotros. Pienso que el viaje se hizo tan corto para el coronel Ross como para mí, porque fuimos escuchando el relato de nuestro amigo sobre lo sucedido en las cuadras de entrenamiento en Dartmoor, el lunes a la noche, y sobre los medios que empleó para dilucidarlo.

—Admito —nos dijo— que todas las hipótesis que yo había elaborado sobre la base de las noticias de los diarios estaban totalmente erradas. No obstante, en esas notas había algunas señales que ocultaban su real significación al verse recargadas con otros detalles. Fui a Devonshire

seguro de que Fitzroy Simpson era realmente culpable, aunque, como es obvio, sabía que las pruebas en su contra no eran, en absoluto, completas. Cuando marchábamos en coche y estábamos por arribar a la casa del entrenador, vislumbré de repente lo profundamente significativo del cordero en salsa fuerte. Tal vez se acuerden de que yo me encontraba abstraído y que permanecí en mi asiento cuando ustedes ya se habían bajado. En ese momento, en mi mente, me sorprendía de que hubiese sido capaz de obviar una pista tan nítida.

—Pues yo —dijo el coronel— admito que ni incluso en este momento entiendo para qué puede sernos útil.

—Fue el primer eslabón en mi cadena de razonamientos. El opio en polvo en absoluto es insípido. Si bien su sabor no es desagradable, sí se hace perceptible. De haber sido puesto en cualquier otra comida, quien lo hubiese comido lo habría detectado sin ninguna duda, y posiblemente no hubiera continuado comiendo. La salsa fuerte era precisamente la forma de ocultar ese sabor. Este hombre ignoto, Fitzroy Simpson, de ninguna forma podía haber influido en la familia del entrenador para que aquella noche se preparara ese tipo de salsa, y sería una casualidad atroz imaginar que había llevado opio en polvo la misma noche en que comerían un plato apto para ocultar su sabor. Algo así se hace impensable. Por lo tanto,

Simpson queda descartado del asunto, y la mirada se centra en Straker y su esposa, las dos personas de cuya decisión pudo depender que esa noche se comiera en esa casa cordero con salsa fuerte. El opio se colocó luego que se separó la porción para el mozo de cuadra que cuidaría al caballo, porque los demás de la casa ingirieron la misma comida sin sufrir sus consecuencias negativas. Entonces, ¿cuál de los dos pudo acceder al plato sin que la criada lo percibiera?

”Antes de definir este tema, yo había entendido toda la significación del silencio del perro, porque siempre sucede que una inferencia verdadera lleva a otras. Por el incidente de Simpson sabía que en la casa había un perro y que ese perro no había dado fuertes ladridos como para que los dos peones que dormían en el altillo se despertaran, a pesar de que alguien había ingresado y se había ido con un caballo. Evidentemente el visitante nocturno era alguien al que el perro conocía mucho.

”Yo ya estaba seguro o prácticamente seguro de que John Straker se había dirigido a las caballerizas en lo más hondo de la noche y había sacado a Silver Blaze de allí. ¿Pero para qué? Indudablemente, con algún propósito oscuro, porque, si no ¿para qué drogaría a su propio mozo de cuadra? Pero yo no lograba darme cuenta de para qué podía haberlo hecho. En el pasado ha habido

entrenadores que ganaron cuantiosas sumas de dinero haciendo apuestas en contra de sus propios caballos, a través de otras personas, y haciendo trampa para impedirles luego que ganasen la carrera.

”A veces, mediante el *jockey* que sujetaba el caballo. Otras, apelando a medios de mayor seguridad y sutileza. ¿Qué pensaba emplear en esta oportunidad? Yo tenía la expectativa de encontrar en sus bolsillos algo que me permitiese arribar a una conclusión.

”Y así sucedió. Con toda seguridad, ustedes recuerdan el raro cuchillo que se halló en la mano del difunto, un cuchillo que ningún hombre con sentido común hubiese escogido como arma. De acuerdo con lo que señaló el doctor Watson, es un tipo de cuchillo que se utiliza en cirugía para la más delicada de las operaciones conocidas. Esa noche también se lo iba a usar en una operación delicada. Usted, coronel Ross, con la gran experiencia que tiene en cuestiones de carreras de caballos, debe saber que se puede hacer una leve incisión en los tendones de la corva de un caballo, y que esa incisión se puede hacer de manera subcutánea, sin que deje rastro alguno. El caballo así operado tiene una mínima cojera, que se podría imputar a un mal paso dado en los entrenamientos o a un ataque de reumatismo, pero jamás a una acción delictiva.

—¡Truhán y perverso! —se ofuscó el coronel.

—Ahí está el motivo de por qué John Straker buscó llevar al caballo al páramo. Un animal de tal vigor habría despertado con certeza al más profundo dormilón en el instante en que percibiese el filo del cuchillo. Era imprescindible operarlo a campo abierto.

—¡Estuve ciego! —dijo el coronel—. Obviamente para eso precisaba el pedazo de vela, y por eso prendió un fósforo.

—Indudablemente. Pero al realizar el inventario de lo que había en sus bolsillos, tuve la fortuna de hallar no solo el método usado para el crimen, sino también sus motivos. Como el hombre de mundo que es, coronel, usted sabe que nadie porta en los bolsillos facturas de otras personas. Bastante tenemos, la mayoría de nosotros, con abonar las propias. En el instante inferí que Straker tenía una doble vida y que mantenía una segunda casa. El tipo de factura me hizo ver que había una mujer de por medio... una mujer con gustos onerosos. Aunque es usted magnánimo con su servidumbre, mal puede esperarse que uno de sus empleados pueda comprarle a su mujer vestidos de veinte guineas. Le pregunté a la señora Straker, sin que ella lo notara, sobre ese vestido. Con la certeza de que ella jamás lo había tenido, anoté la dirección de la modista, seguro de que yendo a verla con la foto de Straker podría deshacerme del mito del señor Darbyshire.

”A partir de ese instante, todo estuvo claro. Straker sacó el caballo y lo llevó a una hondonada en la que su luz no sería visible para nadie. Al escapar, a Simpson se le había perdido la corbata, y Straker la tomó con alguna idea, tal vez con la de asir la pata del caballo. Una vez en la hondonada, se ubicó detrás del animal y prendió la luz; pero el caballo, asustado ante el repentino resplandor y con el asombroso instinto, típico de los animales, de que algo dañino le querían hacer, lanzó una coz y la herradura de acero le dio a Straker en plena frente. A pesar de la lluvia, Straker se había sacado ya su impermeable para hacer su delicada operación y, cuando cayó, su propio cuchillo le cortó el muslo. ¿Soy claro?

—¡Sorprendente! —dijo el coronel—. ¡Sorprendente! Es como si hubiese estado allí.

—Admito que mi último disparo fue de larguísimo alcance. Supuse que un hombre de tanta astucia como Straker no se atrevería a hacer una incisión de tendones tan delicada sin tener un poco de práctica previa. ¿En qué animales podía practicar? Por casualidad noté las ovejas y formulé una pregunta cuya contestación, además de asombrarme bastante, me permitió advertir que mi suposición era correcta.

—Señor Holmes, dejó usted el asunto totalmente aclarado.

—Al volver a Londres, fui a ver a la modista, y ella, en el acto, reconoció a Straker como uno de sus excelentes clientes, de nombre Darbyshire, cuya esposa era muy llamativa y muy inclinada por los vestidos onerosos. Estoy convencido de que esa mujer lo hizo endeudarse hasta el cuello y que por ese motivo se largó a hacer ese miserable complot.

—Una sola cosa no nos aclaró aún —sentenció el coronel—. ¿Dónde se hallaba el caballo?

—¡Ah! El caballo huyó, y uno de sus vecinos se hizo cargo de él. Considero que a esa parte tendremos que darle una amnistía. Pero, si no estoy en un error, ya nos hallamos en el empalme de Clapham y arribaremos a la estación Victoria en menos de diez minutos. Coronel, si gusta fumar un cigarro en nuestras habitaciones, yo tendré sumo placer en darle cualquier otro detalle en el que esté interesado.